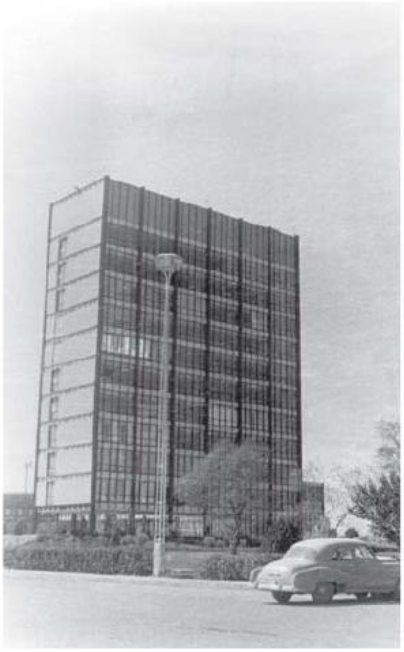
LÍNEA DEL TIEMPO

Armando V. Flores Salazar*

La Torre de Rectoría

La Ciudad Universitaria de Nuevo León comenzó su materialización en el verano de 1957, con las obras preliminares de topografía, delimitación del polígono asignado en la parte norte del Campo Militar: desmonte y cercamiento de alambre del predio, perforación de pozos para el abastecimiento de agua necesaria para la obra, trazo del conjunto y movimientos de tierras para la nivelación de los distintos componentes, como vías de circulación, estacionamientos y emplazamiento de edificios, todo en concordancia con su proyecto oficial.

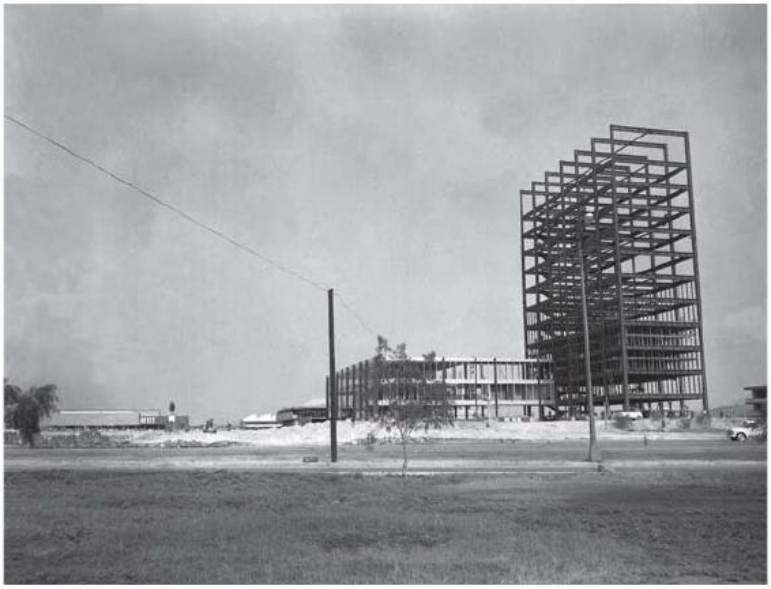


Con un fondo inicial de nueve millones de pesos, acaudalados por el Patronato Universitario y el resultado de un estudio de prioridades académicas por atender, se dio inicio a la construcción de los primeros edificios en el *campus*. La nueva sede para la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales comenzó en enero; la Facultad de Ingeniería Mecánica y Eléctrica, en marzo; y el edificio de Laboratorios y Talleres comunes, en mayo de 1958, todas concluidas simultáneamente en agosto del mismo año, ante la necesidad de quedar listas para operar en septiembre, por el inicio del año escolar.

En 1959 se dio comienzo a la construcción de la Alberca Olímpica y del edificio para la Facultad de Ingeniería Civil. Este edificio fue inaugurado, en marzo de 1960, por el también universitario y exrector del Instituto de Artes y Ciencias de Toluca, y en ese momento presidente de México, Adolfo López Mateos.

En esa ceremonia inaugural, el presidente informó a la concurrencia del Decreto[1] por el cual se cedían a la Universidad de Nuevo León todos los terrenos rescatados al Río Santa Catarina en su reciente ordenamiento y canalización, para que dichos recursos fuesen invertidos en facilitar las siguientes etapas de construcción de la Ciudad Universitaria. Ello permitió al gobernador Raúl Rangel Frías y al rector Joaquín A. Mora anunciar la posibilidad de

* Universidad Autónoma de Nuevo León, FA.
floresalazar@yahoo.com



iniciar un programa ambicioso de construcción: el Estadio Olímpico Universitario, la Facultad de Arquitectura y la Torre de Rectoría.

El 15 de mayo de 1960, Día del maestro, se llevó a cabo la ceremonia simbólica de inicio del nuevo programa de construcción; y el 26 de julio del mismo año, el gobernador, el rector y el presidente del Patronato Universitario, acompañados por autoridades civiles, militares y universitarias, ejecutaron el tradicional zapapicazo para marcar el inicio y arranque de las tres obras. En esa misma ceremonia, se exhibió sobre mamparas el ambicioso y sorprendente proyecto para la Torre de Rectoría. Su autor, Luis Rafael Cervantes González, lo realizó siendo estudiante del último año de la carrera de arquitecto de la propia Universidad (1955-1960),[2] y mientras trabajaba como diseñador arquitectónico en la oficina constructora del ingeniero Mario Ledesma, principal contratista en obras ya ejecutadas o en proceso en la Ciudad Universitaria.

En el proyecto, exhibido sobre amplias cartulinas acuareladas con vivos colores, se podía apreciar un edificio modernista, levantado del suelo por terrazas y escalinatas, compuesto de dos cuerpos o prismas rectangulares, uno vertical con trece niveles de 14 por 36 metros y el otro horizontal con tres niveles de 19 por 49 metros, comunicados ambos cuerpos por un puente aéreo en el segundo y el tercer nivel, todo con presencia etérea por el porticado que domina en la planta baja, logrando con ello transparencia en el paisaje circundante y el realce de los elementos complementarios de plazas, fuentes, esculturas y jardinería.

Los materiales de construcción evidentes en el proyecto y coadyuvantes de la personalidad del edificio son los perfiles metálicos, los paneles de cristal, los pavimentos de terrazo y los ladrillos vitrificados. También adquieren mucho peso visual el esqueleto estructural exógeno con base en columnas y vigas metálicas de perfil "I", los muros cortina de ristal transparente y translúcido que dominan el conjunto, la modulación vertical y horizontal, que rige sin concesión alguna a los elementos que la constituyen, y los dos muros semiciegos de ladrillos vitrificados en las fachadas oriente y poniente de la torre. La presencia dominante del cristal logra que el edificio tenga más presencia por el volumen que por la masa.[3]

La tendencia expresiva del edificio se corresponde a los lineamientos determinados por la arquitectura moderna en su modalidad de "estilo internacional", mismo que exigía dar más presencia a la estructura, ampliar los claros del espacio interior, usar materiales de construcción de origen industrial, eliminar referentes regionalistas, explorar la estética de los materiales con base en sus propias características y apoyar una nueva visualidad de la arquitectura para ciudades de avanzada industrial.[4]

Funcionalmente, el edificio fue diseñado para alojar en el sótano el estacionamiento y acceso a elevadores para las autoridades universitarias; en la planta baja, el porticado y el acceso a las circulaciones verticales de ambos cuerpos; en el segundo piso,

oficinas para el Departamento Escolar; en el tercer piso, oficinas propias para las necesidades de la Tesorería General; en el cuarto piso, lo relativo a deportes universitarios; en el quinto y sexto para las actividades de la Extensión Universitaria; en el séptimo y octavo para los requerimientos del Consejo Universitario; el noveno para la Secretaría General, el décimo para la Rectoría, el undécimo para terraza de recepciones sociales y el duodécimo para cuarto de máquinas.[5]

El emblemático edificio ocupa su lugar designado en el vértice de dos ejes configurados por el emplazamiento de los edificios escolares: el de Oriente a Poniente con el sembrado de edificios para el estudio de las artes y las ciencias –arquitectura e ingenierías civil, mecánica y eléctrica, química, etc.–, y el de Sur a Norte para el estudio de las humanidades –derecho, ciencias sociales, filosofía y letras, etc.–. Su ubicación, forma y preponderancia lo enriquece simbólicamente.

Se complementa el edificio con un atrio ortogonal a nivel del porticado, que se genera al regularizar en el plano el desfasamiento de los dos cuerpos; una gran plaza explanada al Sur, enriquecida en su centro con el escudo universitario enmarcado por el águila nacional, en gran formato, ejecutada por Federico Cantú, y en su límite al poniente, un podio de honor para el presídium de las ceremonias cívicas con fuente de agua y astas para izar la bandera nacional y las panamericanas.

La lectura simbólica del edificio ha de iniciarse con la hermandad formal que guarda con su "gemela" en la Ciudad Universitaria de México, ambas se ostentan como continuidad del trasfondo castellano, en tanto ser la residencia en la altura del "señor" que guarda, decide y protege; por ello su posición "estratégica", su notoria ubicación en el conjunto y su ostensible abundancia de recursos; luego, ya en su propio terreno, lo simbólico se advierte en la unicidad como atributo del edificio, la cual se percibe por ser único, en ser diferente o no ser como los otros; sus dos grandes cuerpos, el vertical y el horizontal, nos remiten a las dualidades tan recurrentes, como el día y la noche, el hombre y la mujer, el maestro y el alumno; el bicromatismo exterior de azul y oro como símbolo de cima nos lleva al cielo y al Sol como símbolo de fondo, y nos refuerza la idea de universo y de universalidad; la estructura evidente, como clave de la estabilidad, fortalece el valor entendido del hombre de la región que históricamente se ha mantenido firme ante las constantes adversidades y, sin con ello agotar la lista de la lectura simbólica, la austeridad formal y cromática que lo distingue son principios heredados de los franciscanos, conformadores en gran medida de la cultura regional.

El proyecto se construyó con la participación de un gran contingente de operarios, diseñadores, constructores, supervisores, proveedores, técnicos, contratistas, administradores y cientos de albañiles, carpinteros, plomeros, electricistas, mosaiqueros,

plafoneros y peones. La obra, iniciada a principios de noviembre de 1960, se podría considerar concluida a principios de septiembre de 1961 para su inauguración, a contratiempo, por estar en sus límites los días de mandato del gobernador y, en consecuencia, también del rector. Las siguientes semanas, después de la ceremonia, fueron de trabajos intensos para concluir lo iniciado.

Puntualmente, a las cinco de la tarde del 8 de septiembre de 1961, llegó a Ciudad Universitaria el autobús con el presidente López Mateos y la comitiva que lo acompañaba, para llevar a cabo el acto solemne de inauguración de la Torre de Rectoría. Lo recibieron, flanqueado por la banda de guerra del Colegio Civil, el gobernador Raúl Rangel Frías; el gobernador electo, Eduardo Livas Villarreal; el rector, Joaquín A. Mora; el alcalde de Monterrey, Leopoldo González Sáenz; el presidente del Patronato Universitario, Manuel L. Barragán, directores y alumnos de las escuelas vecinas y contratistas de las obras.

El presidente develó la placa conmemorativa, subió con la comitiva por escaleras hasta el tercer piso –aún no estaban en servicio los elevadores–, y desde ahí contempló el Estadio Universitario y la Facultad de Arquitectura, en proceso de construcción, y la cimbra con andamios y trabajadores labrando el mural cóncavo de Ingeniería Civil. Hasta ese momento se habían invertido 51 millones de pesos en los logros de Ciudad Universitaria.[6] López Mateos sonreía con felicidad y entusiasmo, de seguro pensando que ello era parte de los frutos del Decreto de cesión de los terrenos rescatados al Río Santa Catarina por él promulgado para el impulso de esas obras.

Fueron momentos de gloria precedidos de arduos días de trabajo y esfuerzo que el edificio de la Torre representaba, en éste se resumía y expresaba la materialización de un sueño iniciado once años atrás, y que además había cambiado el rumbo de la relación política entre el estado y la Federación.

Su logro fue la paciente y visionaria labor sostenida por tres presidentes: Miguel Alemán Velazco, Adolfo Ruiz Cortines y Adolfo López Mateos; tres gobernadores: Ignacio Morones Prieto, José S. Vivanco y Raúl Rangel Frías; tres rectores: Raúl Rangel Frías, Roberto Treviño González y Joaquín A. Mora Alvarado; dos directores: Eduardo Belden y Federico Garza Tamez; tres destacados universitarios: Luis Rafael Cervantes, su diseñador; Mario I. Ledesma, su constructor, y Salvador Villarreal, su calculista, y un sinnúmero de trabajadores alentados por el Patronato Universitario y la Oficina Técnica de Ciudad Universitaria. La placa inaugural sólo consignó dos nombres para la historia.

El edificio emblemático de la Universidad fue perdiendo con el tiempo las características que lo distinguieron en su origen, ante la incontrolable demanda de sus abundados e irresponsables usuarios en busca de amplitud, confort, seguridad y banalidad estilística. Así, ante la deficiencia del sistema central de enfriamiento de aire, se comenzaron a colgar en sus fachadas aparatos de ventilación cuyas goteras incidieron en el ensarrado de cristales y la oxidación de perfiles metálicos, deteriorando su imagen; la falta de mantenimiento hizo que se cancelaran los servicios sanitarios para estudiantes que hacían trámites en el Departamento Escolar y se desecara la fuente de agua del Chac-mool en el atrio, perdiéndose su sentido. Al último piso de la Torre se le cambió de función para convertirlo en gimnasio de porros y vigilantes en los tiempos violentos en busca de la autonomía, tiempo que marca su declinación acelerada. Los distintos departamentos de la Torre comenzaron a cambiar de posición y ubicación por cumplir con las necesidades de nuevos organigramas; la vecindad de otras funciones como el Centro de Informática y Biblioteca Central[7] desconfiguraron la plaza-explanada, agrediendo irremediablemente el relieve del maestro Federico Cantú. Todo

ello estableció la práctica de su intervención en deterioro de sus valores originales hasta promover la agresión más artera:[8] el cambio completo de personalidad del edifico, del original estilo internacional por el sobrepuesto de tardo moderno, que se llevó a cabo en 2000-2001, bajo la excusa de rejuvenecer o "modernizar" su apariencia, lo cual lo desapareció como pieza única en su estilo y lo convirtió en uno más de tantos del nuevo lenguaje sobrepuesto.

Los anteriores son sólo unos pocos ejemplos de intervenciones improvisadas que alteraron negativamente la personalidad del edificio en cuestión. Situación que mortifica cuando se trata de un edificio emblemático, documental, por ser la referencia de un tiempo histórico de suma importancia cultural, como la fundación de la Ciudad Universitaria de Nuevo León.

Si bien, todo objeto arquitectónico es intervenido por sus usuarios para adecuarlo a sus necesidades y seguir en uso, esas intervenciones no deben atentar contra la lógica constructiva o su valor histórico y documental; cuando todo ello se cumple como práctica cultural, se demuestra el haber alcanzado el nivel de las culturas superiores de conservar como tales a los edificios desde su origen, por el respeto a la transferencia humana que en ellos se deposita.

REFERENCIAS

1. El Decreto de la donación de los terrenos rescatados al Río Santa Catarina a favor de la Universidad de Nuevo León fue expedido el 14 de marzo de 1960 por el presidente Adolfo López Mateos, y se publicó ese mismo día en el Diario Oficial de la Federación.
2. Luis Rafael Cervantes, además de realizar el diseño del edificio, también se desempeñó en la graficación del proyecto ejecutivo y la supervisión directa en obra, para su cabal cumplimiento, y esta experiencia integral la documentó en forma de tesis, y obtuvo con ello su grado de arquitecto en 1963.

3. Flores, Gómez, Sierra. Apreciación de lo artístico, Editorial Patria, México, 2009, pp. 47-49.
4. Flores Salazar, Armando V. Calicanto, Ed. UANL, Monterrey, 2009, p. 85.
5. Derbez, Edmundo. La Torre de Rectoría, Ed. UANL, 2011, pp. 34-35.
6. En Vida Universitaria del 2 de abril de 1961, p. 8.
7. En febrero de 1976, durante el rectorado de Luis E. Todd Pérez (1973-1979), se iniciaron las obras para un Centro de Informática y Biblioteca Central, ubicados justamente al centro de la gran explanada y sobre la obra de Federico Cantú. El proyecto se encargó en 1973 a la Facultad de Arquitectura, y lo realizaron los arquitectos Juan Ruiz Anguiano, Enrique Lobo y Rodolfo García. Todavía se pueden apreciar parte del relieve y la firma del autor en lo que queda expuesto de la explanada entre la Capilla Alfonsina –instalada en el edificio a partir de junio de 1982, por el rector Alfredo Piñeiro López– y la Torre de Rectoría.
8. La intervención fue hecha durante los rectorados de Reyes S. Tamez Guerra (1997-2000), y Luis J. Galán Wong (2000-2003), con apoyo del personal del Departamento de Proyectos Especiales de la Facultad de Arquitectura –arquitectos Guillermo Wah y Julio Chapa–, y el Departamento de Construcción y Mantenimiento de la propia Rectoría –ingeniero José Luis Martínez–. Los trabajos de intervención se concluyeron en septiembre de 2001.